



# **Paro Nacional de la Coordinadora Revolucionaria de Masas**

Durante los días 25 y 26 de junio por convocatoria de la Coordinadora Revolucionaria de Masas, y no del Frente Democrático Revolucionario en su conjunto, tuvo lugar el mayor paro de la historia laboral en El Salvador en los últimos años. La mayoría de los observadores imparciales tanto nacionales como extranjeros sitúan el nivel del paro en un ochenta por ciento, sobre todo el primer día. Hasta el propio gobierno tuvo que reconocer la amplitud del mismo y buscarle explicación. No sólo pararon las fábricas, la construcción, el transporte, sino también el sector educativo desde las escuelas hasta las Universidades, el sector comercial y bancario y hasta los empleados públicos.

Para impedirlo el gobierno jugó todas sus cartas. Trató de frenarlo, ante todo, con una propaganda masiva sobre la inconveniencia nacional del paro y contó con el apoyo total de los medios de comunicación más poderosos en los periódicos, en la radio y en la televisión. Hablaron y escribieron contra el paro los personeros más altos del Estado y de la Fuerza Armada: hablaron Majano, Gutiérrez, Morales Ehrlich, García y Carranza. Ofrecieron toda la cobertura de la Fuerza Armada y de los Cuerpos de Seguridad para que todos los que quisieran pudieran asistir con total tranquilidad a su trabajo. Amenazaron a quienes por la fuerza fueran a impedir el transporte público o privado o fueran a obstaculizar la apertura de fábricas, almacenes u oficinas. Nada de esto fue suficiente. El público desoyó al gobierno o no se fío de la seguridad ofrecida.

En cambio los promotores del paro apenas contaron con posibilidades masivas de propaganda. Les bastó con convocar al paro nacional a través de sus propias cadenas de transmisión, a través de su sistema popular de comunicación, que no cuenta con medios sofisticados y poderosos, pero sí con una gran organización. Y la mayoría les respondió. No necesitaron hacer violencia. Los días 25 y 26 las calles de la capital estaban tomadas por la Fuerza Armada y los Cuerpos de Seguridad; la izquierda apenas se movilizó, no hubo piquetes, no hubo quemas de buses, porque alguna que otra acción esporádica no es suficiente para hablar de piquetes y quemas respecto de una población que sólo en la capital y sus alrededores supera los ochocientos mil habitantes.

¿Que explicación dar de esta acción puramente política y social?

Lo primero que ha de decirse es que el paro no era por cuestiones laborales sino que era ante todo un desafío político, una muestra de la fuerza de las organizaciones populares y una prueba de repudio a la actual Junta de Gobierno. No estaban en juego mejoras laborales sino exigencias políticas y, en definitiva, el derecho de la conducción política del país. Sobre este punto apostó el gobierno y apostó la oposición. Y la oposición ganó clamorosamente. No hubo elecciones, pero sí hubo elección. Y la elección quedó clara.

El gobierno trató de minusvalorar su derrota. Pero lo hizo mal. Lo hizo con argumentos que van en su contra. Es la tesis del gobierno que sólo un reducido grupo de extremistas de iz-



quierda es el que están contra él. Dejemos de lado ahora al grupo de derechas que no quería el paro y que en esto, como en tantas otras cosas, estaba con el gobierno. Y fue la tesis del gobierno que este reducido grupo de extremistas fue capaz de atemorizar a toda la población, la cual no acudió al trabajo presa de temor o de terror. Aun si así fuera, dos cosas quedarían meridianamente claras: una, que ese pequeño grupo puede paralizar al país y puede aterrorizar al país; otra, que el gobierno con toda su Fuerza Armada, con todo su aparato burocrático y propagandístico, no es capaz de contrarrestar lo que un pequeño grupo de izquierdas puede hacer.

Pero es que, además, no fue este el caso. Ciertamente hubo una gran parte de comerciantes y de pequeños y grandes empresarios que no aceptaban gustosos la alternativa del paro. Estos son los que pudieron tener miedo y estos son los que no abrieron, a pesar de las seguridades ofrecidas por el Gobierno. Hubo también miedo entre quienes esperaban un enfrentamiento entre las fuerzas del gobierno y las fuerzas de oposición, pero este miedo es ya uno de los ingredientes de la vida cotidiana. Y, sin embargo, las dos jornadas fueron sorprendentemente pacíficas, como si ambas partes en conflicto se hubieran dado una tregua para demostrar quién podía más políticamente, quien podía más pacíficamente.

Pudo más la oposición, pudo más la izquierda. Ante todo, porque fue de nuevo unida. En días anteriores alguna parte de la izquierda había propuesto paros; su éxito había sido muy reducido. En esta ocasión la unión y la planificación conjunta logró un éxito grande, sin necesidad de

tocar dos de los renglones principales del movimiento industrial y comercial: el agua y la electricidad. Ni siquiera en este sentido se paralizó el país por la fuerza. Bastó con paralizar el transporte y con animar al pueblo a una jornada de solidaridad. Pero también pudo más porque dio la batalla en el lugar que le es más propicio, en el campo laboral. No hubo que arriesgar la vida en manifestaciones o enfrentamientos; bastó con quedarse en casa y demostrar que al país lo mueven los trabajadores y fundamentalmente los trabajadores manuales, aunque la dirección y la utilidad de ese trabajo requiera del concurso de otros trabajadores.

No fue esta una batalla entre grupos armados y no por eso dejó de ser una batalla importante dentro de la guerra que mantiene la oposición con el gobierno. Ya el gobierno no podrá decir que son pocos y débiles los que están contra él; ya no podrá decir que las reformas y la violencia han dejado a la oposición exhausta y desesperada. Todo lo contrario. La oposición está más viva y fuerte que nunca. La oposición se va robusteciendo a medida que el gobierno va dando muestra de incapacidad para hacer frente a una situación, que se desmorona día a día. Los días 25 y 26 de junio han sido una prueba y una lección para el gobierno y para la oposición. Ojalá ambos saquen las consecuencias.

E. B.